

X

MIRA DE AMESCUA

El tema de Hero y Leandro, estamos viendo, tiene un muy profuso tratamiento en poesía no dramática (Romances, Sonetos, Poemas, etc.), pero el único ejemplo de comedia que conocemos es el *Hero y Leandro* de Mira de Amescua.

Es importantísima esta obra, además de por ser la única que poseemos, por lo que implica de paso de un género literario a otro. El tema, elegíaco en Ovidio y hecho epilio en Musco, pertenecía en nuestra literatura a la poesía lírica, así había sido repetido una y otra vez, pero ahora se da el paso a la poesía dramática, con una serie de cambios inherentes, que necesariamente tenían que producirse. Ahora el mundo de los sentimientos, de la expresión subjetiva, pasa a la objetividad de un diálogo puesto en boca de unos personajes que no son el autor, por mucho que participen de su personalidad. El tema, la trama, tiene que aumentar necesariamente; esto se va a conseguir a base de otros personajes, de otras acciones laterales, pero relacionadas con la central; la inserción de la figura del «gracioso» anima la acción y logra momentos de verdadera gracia. Todo esto lo va a llevar a la práctica y muy bien Mira de Amescua en su *Hero y Leandro*.

A esta comedia alude Calderón en *La dama duende*, escrita en 1629. Dice así:

«Por una hora que pensara
 si era bien hecho, o no era,
 echarse Hero de la torre,
 no se echara, es cosa cierta;
 con que se hubiera excusado
 el doctor Mira de Mescua
 de haber dado a los teatros
 tan bien escrita comedia
 y haberla representado
 Amarilis tan de veras,
 que volatín del Carnal
 (si otros son de la cuaresma)
 sacó más de alguna vez
 las manos en la cabeza».

Esta comedia corresponde al Manuscrito número 15.264 de la Biblioteca Nacional, y procede de la Librería del EXCMOS. D. AG. DURAN, adquirida por el Gobierno en 1863, según consta en la última página del manuscrito.

Lope de Vega dedicó una comedia a tratar este tema; aparece mencionada en *El peregrino en su patria*, pero de ella nada sabemos.

También D. Agustín Durán cita dos comedias con el título de *Hero y Leandro*, una de Pajaz y otra de D. D. S. S. titulada también *Las víctimas del amor*. Pero de ellas nada sabemos.

Por tanto el único testimonio de poesía dramática sobre los amores de Hero y Leandro es esta comedia hasta ahora inédita, manuscrita en la Biblioteca Nacional, como otras muchas obras de Mira de Amescua, y elogiada por Calderón.

Mira de Amescua, nacido en Guadix (1574) va a Italia en 1610 donde perfecciona su gusto y adquiere nuevos conocimientos. Puede ser que fuese allí donde se interesara por este tema, aunque no es preciso hacer esta conjetura, puesto que en España era muy conocido el argumento.

Adquiere gran fama como poeta lírico, aunque también como dramaturgo merece ser destacado. Lleva su lirismo con frecuencia a sus comedias, donde encontramos unos muy bellos fragmentos líricos.

Es elogiado por Cervantes en *Viaje al Parnaso* y por Lope en *Laurel de Apolo*.

Rinde culto a la mitología como todos los poetas de su tiempo. Esta «atención» queda patente no sólo en su *Hero y Leandro*, sino también en otras dos obras: un poema de *Acteón y Diana* en 58 octavas y otro titulado *Polifemo y Circe*, publicado en la Biblioteca de Autores Españoles de Rivadeneyra, t. XIV, pág. 413.

Mira de Amescua es amigo de Lope; su personalidad está muy cer-

cana a la del Fénix. Es poeta dramático con imaginación e inventiva y una gran fuerza teatral. Compone su vida al modo de Lope, como dice Valbuena. «Es propiamente un discípulo de Lope»¹.

Su obra es poco conocida, y nos sorprende que en la Biblioteca Nacional haya casi cuarenta manuscritos sin publicar. Valga este trabajo para sacar a la luz una comedia, inédita hasta ahora, y que representa la mezcla de dos corrientes o gustos epocales, por una, el gusto mitologizante, por otra, la afición a la comedia de enredo e intriga. Mira de Amescua sabe aunarlas, y manteniendo el eje de la acción según las versiones clásicas, adapta este tema a un género en boga y a sus gustos personales. Fidelidad y personalidad, nueva impronta en un asunto tantas veces tratado, se dan, pues, en el *Hero y Leandro* de Mira de Amescua.

El teatro de Amescua se halla absolutamente comprendido en el ciclo de Lope. La acción y la intriga constituyen los factores primordiales de su teatro. Podemos ver en Amescua, dice Valbuena², lo esencial del sistema dramático de Lope adaptado con personalidad propia, una tendencia a los temas nuevos y extraños en su tiempo, vacilación entre el estilo sencillo de Lope y el recargado y magnífico de Lope y Calderón, facilidad en la concepción de argumentos, cierta alteza de pensamientos e intención ética; «tendía a enseñanzas graves, y para él el fin de las comedias era el mostrar virtudes morales y políticas»³, y el notable brío y energía dramática. Hay en su teatro sucesión de escenas, a veces sin íntima trabazón; es la acción lo que interesa, la acumulación de incidentes: «La acción se atropella pero dentro de una gran potencia de inventiva y en ocasiones con intensidad pasional».

En cuanto al estilo, encontramos en la métrica primores de versificación, sobre todo en algún monólogo de Mítilene; por otra parte, delicadas muestras de ritmos populares.

Pero también está presente el culteranismo. Mira de Amescua, dice Valbuena, «se somete a este estilo ampuloso y triunfante, viendo en sus formas magníficas y brillantes un medio de expresar su exuberante inspiración andaluza»⁴.

Pese a esta gran riqueza formal y a su «ampulosa belleza», también encontramos en Mira de Amescua momentos de intensa emoción, en los que el sentimiento adquiere una importancia destacada.

Interesa poner de relieve de una manera especial «la intriga», la intriga en escenas, en personajes, producto de malentendidos, disfraces, etc.; está muy en la línea de Tirso. Tirso, dice D. Angel Valbuena, «juega con la

¹ *Historia del teatro español*, pág. 71.

² Mira de Amescua (C. Castellanos), t. I, pág. XVIII y ss.

³ Valbuena, *Historia de la Literatura*, t. II, pág. 423.

⁴ *Mira de Amescua*, t. I, pág. XII.

intriga y compone una especie de «ballet» maravilloso de gracia y de «malicia»⁵; la escena, pues, se complica cada vez más y su desenlace puede ser feliz o desgraciado.

Pero interesan, además de las situaciones, los personajes en sí. Mira de Amescua se preocupa de ellos, de su estudio psicológico, de sus caracteres.

Esto, que es propio de todo el teatro de Amescua, lo encontramos también en nuestra comedia: lirismo, bellas imágenes, intriga, disfraces, etc. Y que es una comedia típica de los siglos de Oro aparece patente en la figura de Floro; es éste un gracioso al estilo de los que encontramos en Lope, Tirso, Moreto. Su gracia e ingenio, su habilidad en crear situaciones y formar y resolver enredos le colocan, no por debajo, sino al lado de los lopescos.

En la comedia *Hero y Leandro* ocupan un muy destacado lugar «los celos», los celos en los cuatro personajes centrales, Hero, Leandro, Polidoro, enamorado de Hero, y Mítilene, prima que desea casarse con Leandro. Los cuatro en una especie de danza van a aparecer «jugando» en escena, representando cada uno su papel y complicando la trama.

Se desarrolla la obra en dos ciudades, Sestos y Abidos. Comienza en Sestos, lugar en que está el templo dedicado a Venus, en cuyo honor se están celebrando las fiestas.

Comienza la obra con un canto popular, un romance en que se nos dice la fiesta que se celebra; constituye una especie de estribillo que se repite a través de toda la comedia en distintas ocasiones. Dice así:

«Oy se celebra en el valle
al fenis de la hermosura,
la que es madre del Amor
y nació de las espumas.
Los zisnes y las palomas
del carro de Venus urtan
los resplandores al sol
y la nieve de sus plumas».

A continuación Leandro describe las dos ciudades vecinas y enemigas, separadas por el estrecho, y nos dice cómo él no quiere saber nada de amor, pues guarda celosamente su libertad. Dice (vv. 83-87):

«Curiosidad me ha traydo,
no amor ni celos, que nunca
cautivé la libertad,
ni las aras que perfuman
de Venus e menester».

⁵ Valbuena, *Historia de la Literatura*, t. II, pág. 413.

Aparece después la sacerdotisa Hero, joven hermosísima, aclamada y vitoreada por sus conciudadanos. Polidoro la acompaña (v. 160).

Al verla Leandro queda perdidamente enamorado. Nicanor, amigo de Leandro, va a pintar a Hero a espaldas de un retrato del joven (v. 206). El retrato, motivo que se repite en el teatro de la época, va a ser la primera causa de intriga, pues es descubierto el pintor y la acción considerada sacrilegio.

Y va a aparecer la figura del «gracioso»: llega Floro, criado de Leandro (v. 210), y a propósito del enamoramiento del joven tiene lugar un diálogo entre ambos, que abarca hasta el 260; en él se logra un contraste muy sugestivo entre Leandro, prototipo del idealista enamorado, y Floro, mucho más realista, que nos cuenta los fracasos de un antiguo amo suyo con las damas de quienes se enamoraba. Tiene bastante gracia e ingenio.

Al ser descubierto Nicanor tiene lugar un gran «revuelo», y Leandro se arroja al mar y huye nadando, siendo mitad pájaro y mitad pez, tan admirablemente nadaba, vv. 307-308:

«el medio cuerpo de escamas
y el otro medio de plumas».

Hero también se enamora locamente al ver el retrato de Leandro (351), traicionándose a sí misma, pues tampoco quería servir las aras de Venus. Piensa que es venganza de la diosa este amor que siente hacia el joven, y de nuevo el motivo clásico de la intervención de los dioses en las vidas de los hombres, y su capacidad de venganza, como si fueran mortales; recordemos otra vez en el principio de la *Eneida* a Juno, que, ofendida no olvida el ultraje y decide castigar a los troyanos en las personas de Eneas y sus compañeros, porque

«manet alta mente repostum
iudicium Paridis spretaeque iniuria formae».

Ella no olvida; también Hero se jacta de su pureza y de no querer servir a la diosa del amor.

Algo semejante ocurre en el *Hipólito* de Eurípides; la diosa se ofende porque el joven la desprecia y sirve, por el contrario, a Artemis, y trama su castigo.

Hero, pues, se enamora de Leandro, y lo interpreta como castigo o venganza de Venus. Ya los dos jóvenes amándose, va a empezar la obra propiamente dicha.

Leandro vuelve a Abidos y se encuentra con su prima Mitilene, que está enamorada de él y se siente despreciada.

Hero, por otra parte, dice haber oído la voz de la diosa que le ordena dé muerte a Leandro. Se dirige a Abidos, acompañada de Polidoro entre otros.

El encuentro de los jóvenes está muy bien conseguido; la turbación, el pudor, el amor, se conjugan perfectamente como ya lo hicieran en la obra de Museo, aunque en distintas circunstancias; allí fue en el templo de la diosa, no se habían visto antes, no había ocurrido ningún incidente, la misión de Hero no era, desde luego, la de matar a Leandro; en la comedia de Mira de Amescua, aunque no habían hablado anteriormente, se conocían un poco más.

Para complicar la acción y dar cabida a los celos se presentan en escena Polidoro y Mitilene mientras dialogan los jóvenes; éstos van a llegar a la conclusión de que hay que interpretar «la muerte» a que la diosa se refería como una muerte de «amor»; es amando como deben pagar ambos su culpa, éste es el castigo impuesto. Entonces Hero finge matar a Leandro y así satisface los deseos de sus conciudadanos.

Mitilene ve a Leandro y le cree muerto; medio enloquecida vaga por la ribera del mar, y después va a ir a contar lo sucedido a su padre y hermano, que, por acabar de hablar con Leandro, la creen loca y justifican la postura del joven al no acceder a casarse con ella. Deciden así retrasar la boda y conducir a Mitilene ante Venus para pedir su curación.

Mitilene piensa seguir pasando por loca, pues ha descubierto el engaño de que ha sido objeto, y, herida, ha planeado una venganza; en Sestos, piensa, será fácil llevarla a cabo.

Leandro va la primera noche a ver a Hero, pero no va a nado como el Leandro clásico; hace la travesía en un barco y acompañado de su criado Floro, personaje que es casi central en esta comedia.

Cuando el joven está con Hero se escuchan unas canciones dedicadas a ella, y se presentan Polidoro y el hermano de ella. Nos encontramos ante un nuevo «enredo» en el que es una colaboradora eficaz la fantasía, la imaginación; Hero les dice que se encuentra abrumada, llena de remordimientos, pues el joven a quien mató en Abidos se le ha aparecido muerto; también Polidoro y el hermano de Hero ven a Leandro disfrazado como si fuese un muerto, resultando de ello el temor consiguiente en estos personajes, aunque Polidoro no queda del todo convencido y tiene celos del joven, aunque no pertenezca al mundo de los vivos.

Por supuesto, de esto nada ha habido hasta esta obra; es una innovación muy importante, que desde luego no añade interés ni belleza a la acción, tal como estaba concebida en Museo, pero que es necesaria para una obra de teatro, que se quedaría pequeña, reducida sólo al encuentro

del templo, el primer viaje de Leandro y la noche de la terrible tempestad. Merece ser destacado como innovación.

Leandro se marcha, y hablan después a través de la ventana, mientras el hermano de Hero duerme y la joven está preocupada por un posible descubrimiento del engaño. Mucho más atrevido resulta este diálogo de la ventana en cuanto a variar el original se refiere. La escena, aunque mantenga la localización, ha cambiado de Grecia a España, y a una España típica del XVII. Hablan a través de la ventana (no queda, pues, nada de la torre de Hero), ella le pide «respeto», le entrega un soneto y una banda, etc.

Mientras hablan, Floro ha quedado cerca de la ventana, pero al ver acercarse un hombre tiene miedo (el miedo en estos personajes es denominador común) y se aparta, yendo a ocupar su situación Polidoro, pues se trata de él, que se dirigía allí con sospechas y al mismo tiempo con la esperanza de descubrir algo. Y va a ser a Polidoro a quien Leandro va a dar el soneto y la banda que Hero le regala como testimonio de su amor. La complicación en la trama va a aumentar con este incidente altamente significativo, y Polidoro, por otra parte, sale totalmente del engaño.

Mitilene va a complicar más la situación, pues al llegar al templo dice a Hero que Leandro y ella se aman, pero que para hacerse famosos han decidido robar la imagen de Venus; también le dice que el amor de Leandro hacia ella es totalmente fingido, y así lo atestigua un papel que se encuentran y que Mitilene pretende que procede del joven. Hero piensa en la certeza o falsedad de lo que Mitilene le confiesa, pero para aumentar sus dudas y temores se presenta Polidoro, que recita versos del soneto que ella escribió y además le muestra la «banda».

Por la noche continúan las fiestas en honor de Venus y Adonis con una procesión en el mar. Leandro y Floro se encuentran «disfrazados» de pescadores en una barca; llegan Silena y Hero y como engañadas suben a la barca de Leandro; también ellas ocultan su personalidad y no se dan a conocer. Este recurso dramático de cambiar de indumentaria, de vestirse de hombre las mujeres, de cubrirse la cara, o en una palabra el no darse a conocer, es recurso casi obligado en casi todas las comedias de los siglos de Oro.

Entran, pues, en el mar, y después de una larga y confusa conversación, enigmática a veces, la situación entre los jóvenes amantes queda aclarada. Dice Leandro (vv. 2.097-2.099):

«agora si bibiré
pues apacible te veo».

Es bastante bonito todo este pasaje (vv. 1.991-2.125), cuya acción transcurre en el mar. La presencia de los agüeros que no aparecen en Museo y sí en Ovidio se nos muestra aquí de una manera muy curiosa y muy bella; son canciones que vienen del mar y que hablan de «muerte»; sirven éstas para crear un clímax y para adelantar acontecimientos. Al preguntar Leandro si será esposo de Hero canta (vv. 2.108-2.111):

«no tiene amor esperanza,
no tiene premios amor,
que por eso le han pintado.
niño ciego, alado dios».

Mucho más representativa nos parece esta otra canción. Al preguntar si ha de ser de Leandro Hero, los barcos que van pasando cantan (vv. 2.120-2.123):

«no, sino fuere en la muerte,
porque un zelestial rigor
oy amenaza dos almas
que queriéndose están hoy».

Polidoro los descubre y reconoce, e intenta darles muerte aunque sin conseguirlo.

Mítilene, después de la visita a la diosa, ha sanado, por lo que Leandro deberá casarse con ella. Aquí salva la situación la feliz y oportuna intervención de Floro que inventa un muy logrado enredo. Dice a Mítilene que Leandro tratará de envenenarla porque no la ama; debe, por tanto, desconfiar de comidas y bebidas que él le ofrezca. Se logra una escena de una gracia e ingenio muy conseguido. Mítilene se siente burlada y desprecia a su primo, por lo que el joven enamorado de Hero queda libre.

Al llegar la noche, Leandro se dirige a la ribera, pues Hero le espera; corre un mal viento, se avecina tormenta, no hay barco que le pase; tampoco Floro quiere acompañarle, tiene miedo; se queda para «guardar la ropa», pues, afirma, no hay dos antorchas que llamen, y a él no le espera la criada de Hero, Silena.

También aquí Leandro confía en el fuego de su amor, en la fuerza de su brazo, y se arroja al mar. Él nadará y llegará junto a ella. «Hero hermosa, espera», dice (v. 2.485).

A continuación aparece una glosa del famosísimo soneto de Garcilaso «Pasando el mar Leandro el animoso» (vv. 2.491-2.497, etc.).

Hero siente miedo, teme por la vida de Leandro, se da cuenta de los vientos, de que no lucen las estrellas; y Leandro, mientras, lucha con las olas.

Mira de Amescua, como tantos otros, trae ahora el Epigrama de Marcial (vv. 2540-2544):

«Si agora a la benida
me perdonara el mar,
y si bolviera
se beviera mi vida
¡o quán dichoso fuera yo muriendo!».

Hero espera, no ve nada; por fin un relámpago le descubre a Leandro, pero duda de que sea él, de que esté muerto, todavía le queda la esperanza (vv. 2596 y ss.). Por fin descubre que sus temores son verdaderos y que lo que temía se ha hecho realidad (v. 2623).

La joven lucha con el deseo de vivir, con la falta de ánimo, pero siendo más fuerte su amor, dice (vv. 2.640-2.647):

«dueño, espera, no camines
a los Eliseos tan presto,
que ya tu dama te sigue;
yremos juntos los dos
para que en todo te imite,
y porque junte el amor
lo que la muerte divide».

Es un bello y poético final, lleno de calor y sentimiento, donde el alma de la joven se revela del todo entregada a ese ideal de amor que es Leandro; y en aras de un amor sublimado por la muerte, de un amor que no acaba en la tumba, Hero va a dar a Leandro lo más grande y hermoso que tenía, la vida.

En esta comedia de Mira de Amescua, *Hero* y *Leandro*, importantísima sobre todo por ser la única, existe verdadera poesía, encantadores símiles, aunque es cierto que a veces hay monólogos demasiado largos, conversaciones demasiado prolijas y pesadas.

La idea de la fama, que es tan importante en el Renacimiento, aparece varias veces a través de la obra; así en los versos 2.659-2.661, dice Hero:

«para que juntos seamos
ejemplos los más insignes».

Y también en los vv. 2.673 y ss. en boca de Polidoro,

«Eternicen
monumentos de Artemisa
dos amantes tan felizes».

El Mira de Amescua moralista de que hablábamos al principio aparece en el verso 1.180 en boca de Hero:

«que no aya bien que no sea
bispera cierta del mal».

Entre otros símiles destacamos el de los versos 1.027 y siguientes.

«¿Quando
mirando a la aguila grave
no sé abate a las arenas
el paxarillo que apenas
osa presumir que es ave?
¿Qué arroyuelo umilde y pobre
no está encoxido en sí mismo
temblando si vé el abismo
y ese piélagó salobre?»

En los versos 1.827 y ss. encontramos otro:

«Así el arroyuelo claro
bá corriendo sin saber
que en su curso está su daño,
pues dá prisa por llegar
al mar, sepulcro salado».

Bonita metáfora para mar: «sepulcro salado».

Juegos de palabras encontramos en los vv. 2.435-2.436:

«pulsando está resplandores
una *llama* que me *llama*».

refiriéndose a la antorcha de Hero.

Y en boca de Floro (vv. 2.516-2.517):

«y aquí no ayudo en *nada*
a quien *nada* en el mar de ese Elesponto».

Los caracteres están a veces logradísimos. Los temores de Hero, los celos de Leandro, la desgracia de Mitilene, todo; Mira de Amescua resulta un artista para plasmar sentimientos y afectos en algunas ocasiones; su lirismo es grande; la belleza de la poesía conjugada con la vitalidad dramática dan un encanto particular a esta obra, de la que no acabamos de comprender el por qué de haber sido legada al olvido.